

Aliso

revista

N° 15 | DICIEMBRE 2019



Escribieron en este número de Aliso Revista: Nancy Cabrera, Silvina Pugliese, Ana María Martínez, Lucía Pabón Morales, Ariel Litto Ganchier y José Luis Pereyra.

Aliso Revista es una idea de Pablo Felizia y César Heinitz, realizada con el apoyo de Nicolás Tavella y Lucía Puntín. Una propuesta de **Ana Editorial**, llevada adelante por **Aliso Imprenta**.

www.anaeditorial.com

 **Ana Editorial**

EDITORIAL

EN ESTAS FIESTAS REGALE LITERATURA ENTERRRIANA

Hay quienes dicen que en los últimos años ha vuelto a florecer la literatura entrerriana, sobre todo la poesía con nuevos jóvenes que se animan a publicar, salen a leer, comparten sus trabajos. Quizás ayudados por concursos e iniciativas, tal vez porque hay nuevas posibilidades de publicación, seguro por el lugar que las librerías más importantes de Paraná y de la provincia le han dado a estos libros, lo cierto es que hay nuevos títulos al alcance de los lectores.

Desde Aliso Revista, entonces, lanzamos la consigna para que este año los libros entrerrianos se tengan en cuenta al momento de pensar en los regalos. Por lo general son títulos más accesibles que el resto de los libros; quien lo reciba tendrá en sus manos una pieza trabajada con esmero y dedicación; la mayoría de las veces, incluso, son realizados en talleres gráficos de la provincia; también ayudan a las editoriales locales a expandir su trabajo; y un porcentaje de la venta, aunque sea



pequeño, le queda a la librería que los ofrece. En un solo libro que se regale en esta Navidad hay una cadena de beneficios que favorecen a los escritores, editoriales, imprentas, librerías y lectores.

Con este número llegamos al último de este año, con la esperanza de tener un 2020

mejor, con más posibilidades para esta revista que se ha mantenido en pie a pesar de las condiciones económicas, del aumento del precio del papel y de los insumos de la industria gráfica.

Y a los lectores, que tengan un feliz fin de año y un gran porvenir. Sigán ahí. Felicidades.

JOSEFO, EL PERROPEZ

De Nancy Cabrera, desde Uruguay

Josefo era un perro común y corriente.

Su pelo era negro y en la panza tenía unas manchitas blancas.

Sin embargo no era su aspecto lo que lo convertía en un perro especial, sino los sueños que anidaban en él, esos sueños nacían y crecían como enredaderas vigorosas en su mente y corazón.

Era muy afortunado, pues vivía en un lugar mágico a orillas del Río de la Plata.

El mar estaba rodeado de campos verdes. Cultivos de trigo y girasol daban perfume y color a aquel paisaje casi surrealista.

Él nació en una aldea de pescadores artesanales.

Ellos tenían muy pocos bienes materiales: una choza pequeña, un bote remendado y los aperos de pesca que allí fabricaban.

Había en el lugar muchos niños, todos y cada uno con su propia enredadera de sueños.

Sus sonrisas eran luminosas y desbordaban ilusiones, su piel evidenciaba los efectos del sol en verano.

Sus zapatitos rotos contaban mil de historias.

Tenían en sus oídos grabado el sonido eterno del mar, ese sonido los arrullaba por las noches y los despertaba en la mañana, era parte de su ser.

Ellos junto a su perro, pasaban el verano nadando en las dulces aguas del Río de la Plata.

Quizás de allí venía el sueño más importante de Josefo, el de ser un animal distinto.

Sí, Josefo quería ser nada más ni nada menos que un pez.

Soñaba con zambullirse y nadar hasta el horizonte, quería ver donde se oculta el sol, descubrir su guarida.

Quería charlar con las tortugas, caracoles, cangrejos y otros trotamundos marítimos.

¡Que maravillosa sensación! Explorar ríos y océanos, pensaba el perro pez.

Un día Eduardo “Pescador” el padre de familia, observó a Josefo en la orilla del mar acostado en silencio. Las olas

golpeaban sus patitas, su mirada estaba triste, soñaba él su sueño de pez.

Eduardo lo miró advirtiéndole su melancolía, se acercó preguntándole:

-¿Qué pasa Josefo, estás triste? ¿Qué ves allá a lo lejos?

Josefo no respondió con palabras, claro, pero si le respondió como hacen todos los perros a los humanos, con un gesto de aprobación levantando las orejas y sonriendo un poquito.

Eduardo comprendió entonces que Josefo quería ir más lejos, allá donde el sol se pierde en el horizonte.

Entonces le dijo:

-Josefo ya eres un perro adulto, eres también audaz y valiente, por lo tanto te voy a hacer una invitación. En la tardecita subirás al bote conmigo e iremos más cerca del sol.

Josefo no entendía las palabras pero comprendió la invitación, puesto que el hombre señaló el bote y el horizonte en un mismo gesto.

Atardecía en la costa entre aromas de mar y las tonalidades rojizas.

Eduardo llamó a Josefo. Él subió al bote con un poco de miedo, pero debía vencerlo para cumplir el sueño de su vida.

Comenzaron a andar lentamente, desde el bote el mar era aún más bello que desde la costa.



El corazón le latía fuerte a Josefo, como si fuera a salirse del pecho.

Por un momento cerró los ojos, escuchó el ruido de las olas, el trinar de las gaviotas y la canción del mar que casi en silencio entonaba Eduardo.

Sentía que flotaba en el aire, ya no era ni perro ni pez, era un alma libre que creció junto al mar y dentro de él.

De pronto abrió los ojos, estaba cerca del sol. Así lo sintió él, claro, porque los perros no saben que el sol está muy, pero muy lejos.

Todo él se convirtió en felicidad, una felicidad en estado puro.

Estuvieron en silencio un rato, no eran hombre y perro, eran sólo dos almas contemplando el espectáculo de la naturaleza.

Luego regresaron también en silencio.

Al caer la noche Josefo, Eduardo y los niños se fueron a dormir.

A la mañana siguiente el sol salió en el horizonte como fuego de vida que despierta al mar, al campo y a los hombres.

Josefo despertó súbitamente, por dentro se sentía muy diferente.

Comprendió que ya no quería ser pez. Allí donde vivía todo era perfecto, los juegos con los niños, los baños en el mar, los paseos en el campo y los atardeceres en la playa.

—Después de todo, se dijo, si me convierto en pez ya no veré a Eduardo y a los niños.

Supo así que todo era perfecto tal y como era.

Cuando sentía un poquito de esa melancolía que todos sentimos alguna vez, Eduardo Pescador que lo conocía como conocía a sus hijos, le decía “Vamos Josefo”, señalándole el bote.

El perro y el hombre subían entonces, y juntos, envueltos en la infinita magia del mar navegaban tranquilos. A partir del día en que Josefo subió por vez primera al bote todo había cambiado para él, y sin embargo permanecía igual.

Nota: Los personajes de este cuento son reales.

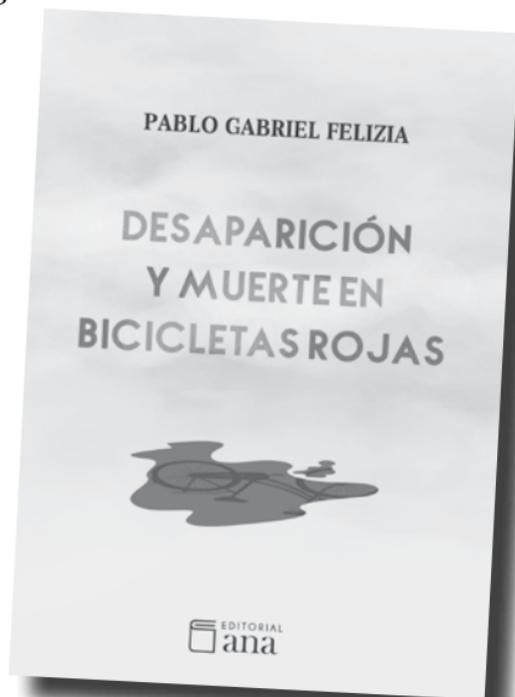
Viven en un paraje llamado Rincón del Pino, el balneario se llama Arazatí y está ubicado a orillas del Río de la Plata.

Los pescadores son una comunidad humilde, eternamente enamorados del mar.

Josefo continúa nadando con los niños.

EN LAS LIBRERÍAS

Desaparición y muerte en bicicletas rojas ya se puede conseguir en la Librería Ateneo y en Librarte del shopping La Paz de Paraná.



ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gabriel Felizia es licenciado en Comunicación Social y fue periodista durante siete años en Diario UNO de Entre Ríos. Cuatro cuentos de su autoría fueron publicados en ese medio a modo de folletín con entregas semanales y dibujos propios.

Su primer libro es Crónicas Patrias. Es editor en Ana Editorial y para **Desaparición y muerte en bicicletas rojas** recibió una beca del Fondo Nacional de las Artes.



www.anaeditorial.com
pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
nicolastavella@anaeditorial.com

LA NOCHE ILUMINADA, SUELTA EN LA CIUDAD

La escritora entrerriana Silvina Pugliese y Ana Editorial regalaron más de 50 libros en las principales plazas de Paraná. La iniciativa tuvo lugar entre el viernes 20 y el lunes 23, durante la tarde.

Los ejemplares corresponden a la obra “La noche iluminada y otros cuentos” fueron soltados de a 10 o 12 en Plaza Alvear (la del templo San Miguel); Plaza 1° de Mayo; Plaza Alberdi (la del Bombero); Plaza Sáenz Peña (la del templo Sagrado Corazón); y Plaza Manuel Belgrano (frente al Instituto Cristo Redentor, sobre Carbó y Ramírez).

De esta manera se invitó a los lectores a que busquen y encuentren en algunas de esas plazas paranaenses, un ejemplar gratuito. Cada libro fue envuelto en celofán, con un hermoso moño y una tarjeta, y fueron dejados sobre los bancos, cerca de alguna fuente, entre las ramas de los árboles y en alguna parada de colectivos.

“La noche iluminada y otros cuentos” es una gran apuesta a la literatura de nuestra provincia y viene pisando fuerte: se está leyendo en numerosas escuelas secundarias de Paraná y ya se reimprimió tres veces desde su aparición, en junio pasado. Es uno de los libros más vendidos de Ana Editorial.

Soltarlos y que sean un regalo de Navidad y a la vez, una alegría para quien los encuentre, fue el objetivo de esta novedosa forma de presentarlos en sociedad. Aquí compartimos uno de sus cuentos.



Y LOS VALIENTES QUEDARÁN

De La noche iluminada de Silvina Pugliese

Todo comenzó cuando en la caseta del peaje, inevitable como la gripe del invierno, me indicaron que debido a nuevas y “definitivas” refacciones del asfalto, todos los automovilistas debían tomar un camino secundario, de ripio, que nos haría perder apenas cinco minutos de viaje.

Luego del malestar inicial, opté por olvidar las promesas de los carteles que anunciaban un país en franco desarrollo y me dirigí hacia las banderolas de colores que nos indicaban por dónde gastar los neumáticos. Fue así como descubrí el verdadero paisaje del lugar, fuera de las líneas blancas que delimitaban la ruta y mi vida. No era demasiado el verde propio del campo. Aquí y allá podía ver, desperdigadas como piezas de dominó, las casitas que indicaban que en realidad existía un progreso lento pero sostenido en la zona.

Me pareció atravesar las bambalinas de un teatro, sentí que las espléndidas mansiones y los negocios pujantes a los costados de la autopista solo eran un plano que ocultaba la verdadera cara de la naturaleza de mi región. Alcancé a ver, a pesar de mi apuro y mi fastidio, varias lagunas con garzas de cuello blanco, plácidas, y sembradíos de soja. Aunque en realidad, lo que verdaderamente estremeció mi espíritu fue oír el galope de caballos a mi derecha, más allá del lado del acompañante. No sé por qué, pero detuve mi auto, apagué el motor y me quedé escuchando, a la espera de que se repitiese. Nada. Solo un rancho con un par de vacas holando pastando indiferentes y absolutamente inocentes como para ser las protagonistas de una cinematográfica estampida.

Se me ocurrió que el viento me había jugado una broma macabra y que la famosa aerodinamia de mi coche era cómplice de mi desvarío.

No pensé en eso en el resto del día; por la noche, cuando debí hacer el mismo camino para regresar a mi plácido hogar, me pareció distinguir dos luces –no quiero afirmar sin más que eran fogatas–, pero cuando quise confirmar lo que había visto, bajando la ventanilla en mi costado, desaparecieron. El sitio era el mismo. A pesar de la noche cerrada, distinguí la tenue silueta del ranchito y la luz que se



filtraba entre las cortinas de sus dos ventanas. Entonces volví a ensayar mi racionalismo de profesor para concluir que algún efecto de la física óptica, sumado a mi cansancio, había provocado la ilusión.

El día siguiente era sábado, día sin clases. Mis dos chicos estaban pasando el fin de semana en un campamento educativo, la actividad del mes del colegio, temida por el noventa y nueve por ciento de los padres, porque los angelitos volvían más peligrosos que antes, habiendo capturado sapos y lagartijas y aprendido a hacer fuego sin fósforos. En lo que nos tocaba a mi esposa y a mí, ambos rezábamos por la seguridad de nuestra casa con varios días de anticipación. Tal vez por esa razón, ante una soledad que sentíamos extraña, la invité a hacer el nuevo recorrido. Quería que viese el paisaje y tal vez, como mujer intuitiva que era, compartiera mis extrañas sensaciones detrás de la suave colina. No le dije nada de lo último, mi excusa fue la blancura de las garzas y los campos de olas verdes acariciados por el viento.

Ella aceptó sin dudarle. Cargó el mate y unas galletitas y hacia allí nos dirigimos, cada uno con la mente sumergida en sus propios pensamientos. Yo sabía que cien metros después de la curva, estaría el lugar simple, pero a la vez inexplicable. Esta vez fue diferente. No escuchamos nada más que el canto de pájaros que no pudimos distinguir entre el montecito de eucaliptos. Me sentí defraudado.

En el regreso, mientras íbamos oyendo la radio, al pasar frente a las dos vacas manchadas, mi mujer la apagó e inmediatamente percibí otra vez el ruido de galopes y choques de lanzas. Cuando mis ojos se posaron en mi media naranja, la vi llorando.

Mientras ella hurgaba en su bolso buscando su pañuelo de margaritas amarillas, me rogó, entre hipo e hipo, que acelerara y nos marcháramos inmediatamente de allí.

Le costó muchísimo explicarme lo que ella había oído: una mezcla de lamentos y gritos de hombres, mujeres y niños, recordaba especialmente el monótono llanto de un pequeño que no recibía consuelo. Intenté calmarla y le conté mi propia experiencia



y las dos del día anterior.

Ninguno de nosotros pudo comprender lo sucedido y nuestro secreto nos unió más que nunca.

Seguí yendo por allí cada día durante toda una semana. Siempre veía o escuchaba básicamente las mismas cosas. En vano busqué algún compañero de trabajo que pasara por el mismo lugar. Nadie vivía fuera de la gran ciudad. Solo yo era el “pajuerano”.

Cuando las máquinas que obstruían la ruta al fin desaparecieron y al día siguiente nos permitieron seguir sobre la calzada brillante como un espejo gris, en mi mente aparecieron dos sentimientos encontrados: por un lado, ya no habría más sucesos extraños –al menos no los tendría dentro de mi recorrido de rutina–, no más noches de insomnio y, por el otro, una parte de mí ya los añoraba. Creo que en cada viaje me apropiaba de un pasado que me traía los ecos de mis raíces, ocultas tras las moles de cemento.

En un rapto de locura, poco después de que el sol se ocultara y fuera suplantado por una enorme luna llena, me aparté de mi camino y volví a pasar. Pero esta vez dejé mi auto y con solamente una linterna, llegué al ranchito de las vacas holando. Golpeé las manos ante la tranquera.

Un paisano me saludó y confiado, se acercó y me tendió su mano. Le pregunté por una estancia que sabía yo muy bien dónde quedaba, como para tomar coraje. El viejito lo supo y como al pasar, me advirtió que tuviera cuidado, que no me dejara hechizar por los espíritus de don Pancho o de don José Gervasio, que a veces eran como malones bravíos que cabalgaban a todo galope y a veces se aparecían los del otro ejército que les respondían también con idéntica fortaleza.

–Poraquí estamo’ toos acostumbraos –me confesó–. Qué le vamo’ hacer, ¿no? Son nuestro’ tatas...

–me explicó y por primera vez me sentí tranquilo.

Me prometí que únicamente haría partícipes de eso a mis hijos, en un par de años, cuando pudieran comprender su significado.

Y me regocijé adivinando el asombro de sus caras adolescentes cuando descubrieran junto a mí, que los valientes no están en el cine y en el norte y se hacen llamar “cowboys”.



MUJERES DEL VERANO EN URUGUAY

En el Espacio de Experimentación Artística de Paysandú, Uruguay, fue presentado el libro *Mujeres del Verano* de Ana María Martínez. La actividad se llevó adelante junto con la murga Costilla de nadie y el grupo Aire Libre. Por primera vez, un libro de Ana Editorial fue presentado en otro país. Aquí uno de los textos de esta obra.

El monte está cada vez más lejos

Cuando vinimos a vivir al barrio El Ombú, los teros y las gallinetas eran nuestro despertador. No necesitábamos siquiera mirar reloj alguno para saber a qué altura del día estábamos.

Como las casas contaban con amplios patios desérticos, el sol nos quemaba la piel y los pelos desde Agosto hasta Mayo. Aprendí a usar sombrero de paja y pañuelo blanco, como mi abuela, en la cabeza.

Todo era monte a nuestro alrededor. Los amigos que vivían en “el pueblo” nos admiraban en secreto por nuestra valentía. Nos sentíamos casi pioneros.

Pero, más o menos a los dos años largos de que habitáramos ese paraje, cuando nada hacía suponer que algo podía cambiar en nuestra rutina de barriales y autos empantanados y previas declaraciones de prensa de los políticos de turno, las cosas empezaron a cambiar.

Empresas ganadoras de millonarias licitaciones, organismos del Estado intervinientes e incluso cooperativas de trabajo fueron invadiéndolo todo con anchos y altos carteles que anunciaban las grandes obras. Fue un desastre, un verdadero desastre que trajo muy poco provecho y se llevó el monte más lejos de nosotros. Bastante más lejos. ¡Cuando la ignorancia tiene el poder ni las

acacias negras se salvan!

Los desagües pluviales nos dejaron sin arroyo y sin gallinetas. Los teros se perdieron después de que las máquinas niveladoras y los camiones acallaran sus gritos.

Hubo una señal certera de que estábamos alejándonos demasiado de lo que amábamos. Para bien o para mal. Esa señal fue que en la Primavera no cantó el crespín.

Y el viejo Ombú que daba su nombre al barrio quedó solo, cercado por cemento y broza, sucio y urbanizado. Y desde su altura miraba el monte y suplicaba a sus raíces que lo arrancaran hacia allá.



Diseño gráfico y sublimación

Objetos personalizados: tazas plásticas y cerámicas, jarras, lapiceros, almohadones, set de jardín, rompecabezas, diseño de tarjetas para cumpleaños y todo tipo de eventos, adhesivos y mucho más!

Encontranos en facebook: Ideas en Remolino
 correo electrónico: ideasenremolino@gmail.com



POESÍA

Lucía Pabón Morales compartió con nosotros una poseía muy sentida para ella y escrita ante la muerte trágica de la joven Fiorella Furlán.

Me lleva el agua...

Me lleva el agua...
Y se me buscan
entre las piedras
y los rescoldos
del caudaloso arroyo
y en cada junco
que toca mis cabellos
de cada cuenca
de mi Paraná
Y tu mirada
que es la mía
Y en el adiós de mi voz
que guardarás en tus oídos
En las etéreas nubes grises
En cada noche
destellante de relámpagos
En el amanecer de la incertidumbre
Y el atardecer melancólico
de las lluvias de verano
Me encontrarás
en cada ser
que me llevó en su alma
y me acompañó en este viaje
No llores papá
Me lleva el agua
para estar siempre
inmortalizada en tus recuerdos
y en los de todos
que pronunciaron
mi nombre.

PRESENTACIÓN

El martes 17 fue presentado en la Biblioteca Popular el libro **La ligereza de las vacilaciones** de Ariel Litto Ganchier. Aquí reproducimos una de las poesías que integra este nuevo libro de Ana Editorial.

Diario de siesta

A Beatriz Vallejos

Aquí exhala
libélulas
en las aureolas del aire

aquí pasa
arrojando
su poquito de marzo/

como intemperie
aquí dispersa
su resplandor
en maletas de juntar vacíos/

isla un pájaro
allí
donde el patio
andaba pasos de bambú.

EL PATADURA DE LA FAMILIA

De **Grillos & Embajadores** fue seleccionada en un concurso abierto para ser presentada en el marco del Segundo Festival de Teatro Independiente “Escena Gualeguaychú”. Es una obra de teatro. El libro que lleva ese título también cuenta con Tres cuentos sinérgicos y El patadura de la familia.

De Grillos & Embajadores tuvo su estreno el sábado 7 de diciembre y su autor, José Luis Pereyra, dijo a Aliso Revista: “Como experiencia de principiante teatral, fue un honor muy grande que los actores repitan mis diálogos y encarnen a mis personajes, les den vida. Me reí mucho y aplaudí hasta la exageración. Fue otra obra de la pensada y escrita, en algunos aspectos mejoró y en otros flojeó. Pero el saldo fue muy positivo. Se volverá a presentar en verano y saldrá de gira”. También contó que es muy probable que en algún momento llegue a presentarse en Paraná.

Aquí presentaremos al monólogo **El Patadura de la familia** que integra el libro.

Luis: (Grita, imitando la voz de su padre.) “¡Luis, cubrí esa pelota!”, así gritaba mi viejo, desesperado. Porque él era el Director Técnico de nuestro equipo sub 10, o sea, una división infantil de Pueblo Nuevo donde ninguno de los jugadores superaba los diez años y que, para más datos, iba perdiendo irremediablemente dos a cero a quince minutos de terminar el partido y quedar descalificados.

¿Cómo fue que a mi padre se le ocurrió incorporarme como titular, habiendo mejores jugadores que yo en el banco de suplentes? Porque una vez, jugando contra él y mi hermano Rubén, yo hice un gol antológico: recibí un centro de Juancito, uno de mis hermanos menores, paré la pelota con el pecho, la elevé y, antes de que tocara el suelo, la dirigí con el empeine hacia el arco rival, que estaba a mi espalda. Fue una hermosa media chilena.



“¿Sabés lo que acabás de hacer?”, preguntó mi viejo asombrado. “¿Fue gol?”, pregunté ante la duda de que fuera inválido, pues las reglas del fútbol hogareño eran algo fluctuantes y contradictorias, según papá estuviera en el bando ganador o perdedor. “¡Fue un golazo, Luisito! ¡Un golazo!”, dijo. Y desde entonces creyó que su hijo era un “tapado”, un talento oculto que algún día saldría a la luz, se convertiría en crack y jugaría en la primera de River Plate, el club de sus amores.

Pero mi padre no comprendía que yo me animaba a realizar esas jugadas y otras más “peligrosas” aún, porque me encontraba bajo el amparo de la dulzura y la suavidad familiar. Allí imperaba la pax pereyrensis, la paz de los Pereyra, fundada en la regla áurea de no agredir, no lastimar, no romper, no quebrar ni mutilar. Tal garantía constitucional, tal precepto –que se debía menos a una consideración humanitaria, que al alto costo de la atención médica, inaccesible para la siempre flaca economía familiar– era muy apto para mi lucimiento futbolístico. Papá no comprendía que para mí, una cosa era jugar en el blando patio de casa, con él y mis hermanos y otra, muy distinta, era hacerlo en una cancha “oficial”, defendiendo los colores de un club, compitiendo por un trofeo y el campeonato. En estas circunstancias –bajo el sortilegio del par de botines con tapones, pantalón corto y una camiseta– mis inocentes y amables compañeritos de escuela, se transformaban en tipejos despreciables, en hijos y nietos de *mr. Hyde*, dispuestos a patearte los tobillos, aplicarte una parálisis en los muslos, cabecearte la nuca, escupirte cuando ibas a disputarles la pelota, darte codazos que podían quitarte el aliento, meterte los dedos en los ojos o pegarte con el dorso de los dedos en los testículos. En esas condiciones, mis adversarios no entendían un pepino de la *pax pereyrensis*, sino que se convertían en verdaderos psicópatas asesinos.

“¡Luis, cubrí esa pelota!” –seguía gritando mi viejo–. Cubrir la pelota significaba poner el cuerpo delante de ella, para protegerla del rival, para que no te la quiten ni te conviertan un gol. Esa orden que mi padre repetía como un desaforado –porque los adversarios amenazaban con llenarnos el arco de goles–, revestía para mí un trascendental concepto filosófico: la pelota era, en ese contexto futbolístico, algo vital. Preservar el balón, la globa, el esférico era, en esencia, más importante que resguardar mi propia integridad física. Yo no pensaba lo mismo que mi entusiasta progenitor: la pelota estaba concebida para

resistir patadas, pisotones, cabezazos, rebotes contra el piso o las paredes; en cambio mi cuerpito era más frágil y no aceptaba ninguno de esos maltratos. Además yo –conjunción de alma, cuerpo y espíritu– era único y valioso, mientras que las pelotas valían poco y las había a montones, en el depósito de los utileros, como repuestos por si la que usábamos se pinchaba o descosía.

“Cagón, maricón”, me gritó Pedrito Aranda, uno de mis compañeros, cuando el delantero del equipo contrario amenazó con pegarme un voleo y yo me hice a un lado, dejándole la pelota servida.

A los nueve años, yo ya estaba enamorado de Betty Cavaignac, mi maestra de cuarto –lo sigo estando todavía– y soñaba cálidos romances con tres o cuatro de mis compañeritas del aula. Sin embargo, a fuerza de escuchar ese tipo de comentarios, llegué a dudar de mi propia virilidad e inclinación sexual.

¿Era yo un cobarde, como sostenía mi coequiper? No, señores. No era un pusilánime, pero tampoco un estoico. Yo era un filósofo más bien racionalista. Mientras los demás recorrían el campo de juego, yo usaba mi raciocinio de esta manera: ¿Por qué estábamos jugando, cuál era el premio para el ganador? ¿Un mísero trofeo de aluminio y plástico o una medalla de metal barato que el Club Pueblo Nuevo compraba por chirolas y tenía almacenados para entregar al primero, segundo y tercero de cada categoría infantojuvenil? ¿Para qué tanta fatiga y lucha, si todos recibiríamos el mismo premio? ¿Y cuánto valía una placa radiográfica, los gastos de internación, los analgésicos –que ¡horror de horrores!, generalmente se inyectaban y siempre fui belenofóbico–, o los días que debía guardar reposo con el pie o la pierna fracturada? (*Al público.*) ¿Alguno de ustedes debió padecer, con un brazo enyesado, durante cuarenta días de pleno verano? Yo sí. Por eso es que, con menos de diez años, ya era capaz de establecer la diferencia entre costo-beneficio y esta indicaba que era mucho más redituable ceder el balón que salir lastimado.

Yo no era tan buen jugador ni sería tan arriesgado como el ruso Rubén Piccini, el panadero, quien en otro campeonato, en un acto de tremenda e irreflexiva valentía, se arrojó barriendo el pasto para robarle la pelota al enemigo y no vio el vidrio filoso que sobresalía de la tierra. No quise mirar el colgajo de carne y sangre que sobresalía de su pantorrilla. “¡No quisiste verlo porque te desmayaste, salame!”, dijo Rubén, mi hermano mayor, que estuvo conmigo ese día y se empeña en refrescarme la memoria,



aunque yo continúe sin recordarlo.

“¡Cabeceala, Luis!”, gritó papá, refiriéndose a la pelota que venía girando como un trompo, furiosa, hacia mi posición. La ortodoxia futbolera indica que la globa debe ser cabeceada con los ojos bien abiertos, para poder darle “direccionabilidad” (sic) al pase o al disparo hacia el arco contrario. Pero yo la recibí con los ojos bien cerrados, me pegó en la nariz y activó mis lagrimales.

“¡Ni cabecear sabés, marica infeliz!”, dijo Pedrito, el mismo compañero que me había verdugueado antes. “¿Le tenés miedo a la pelota, le tenés?”

En realidad no le tenía miedo, sino respeto. (*Hace una pausa, mira al público y, con los brazos abiertos, exclama.*) ¡Siempre fui un tipo muy respetuoso! Es que las pelotas de antes no eran como las de ahora, livianitas, de “cuero plastificado” e impermeables. Las de antaño eran gigantescas y pesadas, de verdadero cuero vacuno cosido a mano y, para preservarlas de la humedad, se las untaba con grasa a la cual se le adherían todas las inmundicias habidas y por haber en el campo de juego, desde los escupitajos y los mocos de los jugadores, hasta las heces de las vacas que habían cortado el pasto oficiosamente antes del partido. Sobre la contundencia y composición química de esas viejas pelotas, tuve una experiencia traumática a los tres años de vida. Lo cuento: mi viejo jugaba en la cancha de Pabellón Argentino, un club de



El Bache Gramático

En agosto, promoción / 2 x 1
Llevás un invitado y pagás la mitad!

coordinador: Horacio Lapunzina
WhatsApp / 34346348957

Taller de Redacción Creativa
Martes de 18 a 20 / Casal de Catalunya
(holapunzina@hotmail.com)

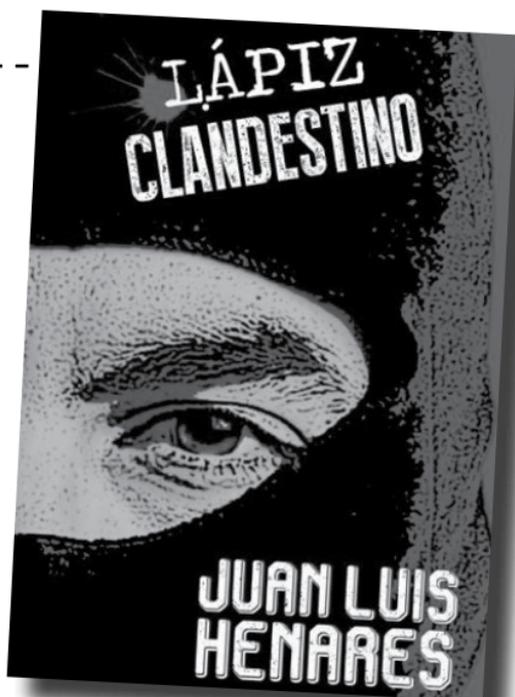
Nogoyá 123 / Paraná / Entre Ríos

Taller de Redacción creativo que funciona en Paraná desde 2011. Nos acercamos a textos de diversos autores, para luego buscar la propia voz narrativa.

la liga amateur que estaba a la vera del arroyo Munilla. Mientras papá derivaba aburridamente de un lado a otro de la cancha, yo estaba echado de panza sobre el pasto, mirando algo más entretenido que el partido. Mi interés infantil se había desplazado de las nubes y sus caprichosas formas, al vendedor de tortas fritas y el exquisito aroma que desprendía su canasta de mimbre. De repente escuché un taponazo y un grito de advertencia: “¡Guarda, gurí!” Entre tantos niños que había ese día en la cancha, ¿cómo iba a saber que el aviso era para mí? Apenas logré incorporarme, cuando vi que algo negro y redondo venía hacia mis ojos, yo los cerré y llegó el impacto. Comprendan, yo era un chiquilín y el jugador era un robusto muchacho de veinte años que había pateado la pelota con toda la energía de su juventud. Semejante golpe es capaz de inculcar respeto al más pintado.

Sin embargo, mi “pase de nariz” no fue tan infortunado, sino todo lo contrario: uno de mis compañeros, Pedrito Aranda, seguramente –recuerden que además de aturdido, yo no veía nada porque tenía los ojos llenos de lágrimas–, evitó que la glo-ba se fuera por el lateral, la trasladó varios metros y tiró un pase espectacular a mediana altura. Nuestro delantero la embocó en el arco rival con, esta vez, un genuino y certero cabezazo de palomita, al rincón de las ánimas. Mi padre festejaba el gol como un enajenado. Ahora íbamos dos a uno.

Envalentonado por el golazo que, mal o bien, contribuí a convertir, fui a buscar el rebote de un contrario que había sacado desde el medio de la cancha, me quedé con la pelota, la dominé, eludí a mi adversario con una gambeta y enfilé hacia el arco rival. Recuerdo que mi viejo corría a la par –si el reglamento lo hubiera permitido, él habría entrado en mi lugar–. El pobre hombre se salía de la vaina y no era para menos. Quedaba un minuto o menos para terminar el partido y yo enfilaba hacia el campo enemigo con destino de gol. El gol del empate y la clasificación. Mi padre estaba al borde del colapso nervioso (*Grita, imitándolo*): “¡Tirá al arco, por Dios!”, gritaba. “¡Tirá al arco, Luis!”. Y quise hacerle caso, pero cuando estaba a punto de fusilar al guardavallas, un defensor me tapó el arco. Lo esquivé con otra gambeta, quedé con mal perfil para el remate, pero dentro del área y con la pelota en mis pies. “¡Buscá la falta, Luis. Buscá la falta, por favor!”, rogaba el DT. “Buscar la falta” significa provocar que un jugador rival te cometa una infracción. Como yo estaba dentro del área de ellos, un simple roce significaba penal y empate cantado. Entonces,



Existe un mundo ideal, con modernos edificios, coches último modelo, opulentas fiestas e inolvidables viajes alrededor del planeta; en él los escritores crean bellas poesías sobre el amor y lo hermosa que es la vida, escritas en sus confortables mansiones desde un amplio ventanal con vista a un parque lleno de árboles, donde se percibe el olor de las flores y el canto de los pájaros.

Pero también existe otro mundo en el cual habitan la marginación, la desigualdad y la pobreza; con casas en villas miseria o barrios populares, coches destartalados o carros tirados por caballos, sin fiestas y en donde solo hay viajes que llevan al trabajo. Un mundo donde las personas pelean por sobrevivir, por conseguir unos pocos pesos que les permitan alimentarse y llegar al día siguiente.

Desde este último lugar está escrito este libro: lejos de los ámbitos literarios, sin un peso en los bolsillos, en los viajes en tren o colectivo, en las caminatas por las calles de la ciudad.

Un libro escrito por un lápiz clandestino.

ACERCA DEL AUTOR

Juan Luis Henares vive en Colonia Avellaneda, es profesor y da clases en una escuela nocturna de la zona. De los veintidós cuentos que forman parte de Lápiz clandestino, diez fueron premiados en distintos concursos de España, México y Argentina.



www.anaeditorial.com
 pablofelizia@anaeditorial.com / 0343 154595738
 nicolastavella@anaeditorial.com

por el rabillo del ojo, vi cómo el mediocampista contrario se me arrojaba como un loco, barriéndolo todo, con los dos botines hacia delante y los taponos, que también me inspiraban respeto.

“¡Penal, penal!”, gritaba mi viejo, mientras nuestros niños suplentes se le colgaban de cuello y brazos para contenerlo.

“Quite limpio”, sentenció el árbitro. “Ni siquiera lo tocó”.

Y era verdad. En lugar de dejarme masacrar en beneficio del resultado, yo había saltado ágilmente, casi con elegancia, para evitar la furia homicida del adversario. La pelota había salido por la línea de meta y yo –en lugar de estar revolcándome como un inválido o fingir una lesión como si fuera un actor consumado–, estaba corriendo, evidentemente indemne, para ejecutar el córner. Mi padre, todavía contenido por todo el banco de suplentes y el juez de línea, seguía gritando: “¡Jugada peligrosa, Referí. Penal, penal!”. Pero el árbitro no le hizo caso y ordenó seguir la jugada. Apenas deposité la pelota en la esquina y quise mandarla al centro del área lo más rápido posible, el referí miró su reloj, pitó tres veces su silbato y sentenció el final del encuentro. Ya nada podía hacerse, habíamos perdido dos a uno.

Me disgustaba el resultado del partido, no lo niego. Sin embargo yo había logrado algo muy importante: a excepción del dolor en mi nariz, yo había jugado todo el partido y había resultado libre de todo daño. Permanecer incólume, quedar sanito, sanito, luego de haber participado en un violento encuentro de fútbol suburbano de aquella época no era moco de pavo. Sin embargo la furia de mi padre no tenía límites: “¿Qué te costaba darnos un



MadreSelva
CASA DE ARTE

UN ESPACIO DONDE EL TIEMPO ES
TU MEJOR AMIGO.

DONDE LOS COLORES TE INVITAN
A JUGAR. DONDE EL AZAHAR
FORMA PARTE DE TU EXISTENCIA.
Y DONDE EXISTIMOS SIENDO UNA
GRAN RED DE AMIG@S.

📍 José Rodó 663 - Esq. Casacuberta

☎️ 📞 0343 - 154156935

MadreSelva Taller de Arte



penal? ¿Por qué no te quedaste tirado en el suelo, haciéndote el muerto o el quebrado? ¿No entendés que la picardía también forma parte del fútbol, salame? ¿Era un penal cantado, un penalazo soñado, en el último minuto y no lo aprovechaste, Dios mío!”. Repitió eso unas veinte veces, durante el largo camino hacia casa. *(Imita la voz de la madre.)*

“¿Cómo les fue?”, la pregunta de mamá era totalmente innecesaria. Solo bastaba verle la cara al viejo para saber el score del doparti.

(Imita la voz del padre.) “Este es un p...”, intentaba articular el pobre viejo, señalándome a mí. “Este es un flor de p...”.

Mamá le había prohibido, terminantemente, decir groserías y malas palabras, porque era un mal ejemplo para mis hermanos menores. Por lo tanto el viejo tenía su facultad expresiva algo censurada. Su mente se debatía buscando sinónimos, eufemismos, metáforas. Al fin logró encontrar algo aproximado a lo que quería decir y se desahogó:

(Imita la voz del padre. Grita.) “¡Este pibe es un flor de patadura!”

Esa “p” oclusiva, bilabial, pronunciada con ira, connotó otros significados muchísimo más hirientes. Yo puse ante mi santa madre la mejor cara de víctima que pude lucir. Entonces ella, para calmar a mi padre dijo *(Imita la voz de la madre.)*

“No lo presionés tanto, Tito. Por ahí tenemos suerte y, en lugar de futbolista, el nene nos sale intelectual o actor de teatro”. *(Pausa.)* ¿Quién lo sabe?

Aliso
imprenta

Cuyas y San Pérez, Paraná, Entre Ríos
Teléfonos 3434595738/3434283270
Facebook: Aliso Imprenta

EDITORIAL
ana

Ana Editorial es una idea de
Pablo Felizia y Nicolás Tavella
Teléfono: 3434595738/3415810734
Facebook Ana Editorial
www.anaeditorial.com.ar



**RECUPERAMOS UN ESPACIO
DE NUESTRA HISTORIA**

VENÍ A DESCUBRIRLO

**DE MARTES A VIERNES
DE 9 A 16 HS.**

**SÁBADOS
DE 14 A 18 HS.**



AV. DON BOSCO 749



MUSEOEVITAER@GMAIL.COM



@MUSEOEVAPERONER